

---

---

*Joaquín Araújo \**

---

## *Ver crecer la hierba*

Practico la agricultura biológica. Supongo que en otros apartados de esta revista ya ha quedado suficientemente explicado en qué consiste eso. Sirvan mis cortas palabras para humanizar la cuestión. Nada como el ejemplo vivo para subrayar la viabilidad de las formulaciones teóricas. Muchos hay, sobre todo en otros países desarrollados, que consiguen mantenerse, económicamente incluso, a base de cultivar con respeto hacia el entorno. Por estos lares somos más bien poquitos, por mucho que lo hayan intentado varios. No hay dos situaciones iguales y lo que a mí me sirvió puede perfectamente haberse quedado ahí y resultar inaplicable a escala.

Confieso desde aquí mi pasión, mi subjetividad ante el tema. O lo que viene a ser más grave, lo satisfactorio de mi experiencia de seis años practicando agricultura biológica en Cáceres, se basa, fundamentalmente, en un consciente desvío de rentas obtenidas en actividades adscribibles al sector terciario hacia las del primario. Por eso, y por haber optado personalmente por un modo de vida lo más íntimamente ligado a la naturaleza, mi testimonio debe ser juzgado simplemente como demagogia bien entendida.

---

\* Agricultor biológico.

---

---

Es decir, no he ganado dinero con estas prácticas, pero sí la clara demostración de que los libros no engañaban y, sobre todo, de que son varias las compensaciones a nivel emocional que se obtienen con la práctica de la agricultura natural.

Quede, al mismo tiempo, fuera de toda duda, que se trabaja más. Que la mecanización es lógicamente menor para mayores necesidades de trabajo: binas, escardas, por ejemplo, en la lucha con los competidores vegetales de las plantas cultivadas. Que rotenonas y pelitres son poco eficaces. Que limpiar de escarabajos 500 plantas de patata, a mano, llega a ser tarea de Sísifo. O que remover colinas de estiércol acaba hartando.

Pero, para mí, no es por las servidumbres, sino por las liberaciones, por lo que me atrevo a afirmar que la agricultura biológica sirve. La primera es doble, te libras de la contaminación de los alimentos y, en consecuencia, proteges tu organismo con una considerable fuente de salud. Bienes estos transmisibles a los consumidores de tus productos. A continuación, si esto no fuera suficiente cabría la valoración puramente economicista: la cuantía de las cosechas, como ya demostró Commoner, y como he podido comprobar, resultan absolutamente equiparables.

Pero es transcribiendo uno de los capítulos de mi libro *Cultivar la tierra* como pretendo justificar el título de esta colaboración.

Sé que muy pocos agricultores van a leer este libro. Ellos cavan hondo, echan basura y, cuando menos, no sienten la necesidad de leer lo que saben hacer (1). Sí me gustaría, en cambio, que esos otros industriales de la producción de alimentos —y lo digo sin rencor, pues soy consciente de que nadie envenena la tierra por gusto, sino por necesidad— recogieran algunas de las ideas que apuntalan estos capítulos. Pues siempre he dicho que en manos de quien realmente gestiona la tierra está la conservación del medio. Y no hay ecosistema más vital que el agrícola.

---

(1) Se trata de una alusión al refrán: «Cava hondo, echa basura y cágate en los libros de agricultura.»

---

Pero también soy consciente de que si alguien va a bucear con entusiasmo en este libro urgente, serán esas ya apreciables legiones de los que quieren volver al campo. Resulta un poco contradictorio —pero es así— que la mayor parte de los sentimientos de valoración cultural de la naturaleza, de la agricultura y, claro, de su defensa, nazcan, cobren adeptos y hasta mueran en los ambientes urbanos. Pero es que la ciudad tiene algo de cárcel y, aunque nos lo negamos, todos conservamos en un rincón de la conciencia la creencia en una vida menos reglamentada, más libre.

Queda claro que la sociedad consumista y desarrollista ofrece muchas comodidades, pero a la vez exige un ininterrumpido plantel de prestaciones que, en el mejor de los casos, nos sumergen en la noria del burrillo, al que se le tapan los ojos para que no vea que siempre gira en torno a lo mismo. La venda que a nosotros se nos pone es la de los bienes de consumo. Sin ellos no hay trabajo, y trabajamos para conseguirlos. Y aún más: cada día dependemos de factores completamente ajenos; hemos perdido del todo el control de nuestro tiempo. El horario laboral nos sujeta a vaivenes diarios, semanales y anuales que nos sumergen en la masa y nos indiferencian. Al mismo tiempo, todo está controlado, pero por otros: desde el trayecto de la vivienda al trabajo, hasta nuestros ingresos, la educación, el esparcimiento y, en gran parte, el pensamiento. Se nos amenaza incluso con las computadoras, que, sin ojos, verán hasta nuestros más ocultos movimientos. La inducción, pues, por delante de la deducción, y, si es posible, que ésta desaparezca.

La contraprestación por pertenecer a este marasmo que llamamos sociedad desarrollada no deja de ser evidente: respiramos impurezas, comemos veneno, contemplamos el ocaso de la vida natural y sobre nosotros gravita la constante amenaza de la destrucción total. Pero uno no sabe qué forma puede llegar a adoptar el posible desastre. ¿Será el hambre, la detención de las máquinas por falta de energía, o la guerra nuclear?

Porque, entre otras cosas, los que vivimos en países ricos, todos, estamos explotando a los pobres del Tercer Mundo, y por alguna parte se tiene que romper la baraja.

---

Lo no renovable escasea, pero tal vez le lleva la delantera lo que podría dar vida. Ya os he hablado de que el suelo, soporte de toda vida, se acaba. Hay quien opina que, de seguir las cosas como hasta ahora, algunos países, como Inglaterra o Japón, carecerán de suelo agrícola en unos cincuenta años. Y todo por la consecución ininterrumpida de objetos perfectamente inútiles. Hay muy pocas alternativas. No quiero pasar por pesimista, pero cada día disminuyen aún más nuestras posibilidades de cambiar el mundo. Sin embargo, esto no hay que creérselo, por lo menos por aquello de conservar algo de la alegría de estar vivos.

Tal vez una de las pocas actitudes posibles sea la de parar el motor, salirse del tren y *contemplar cómo crece la hierba*. He aplicado el método en innumerables ocasiones, pero soy urbanista, madrileño para mayor desgracia, y acabo volviendo para comentarlo con los amigos.

Sin embargo, estoy seguro de que nada podría conmover más los cimientos de un mundo que camina hacia el agotamiento total, desde las ideas hasta los materiales y la energía, que desmarcarse. Y una de las formas más bellas de lograrlo consiste en cambiar el ritmo y ponerse a bailar al son de las estaciones.

Crecer con los frutos de la tierra, detenerse a reflexionar durante los inviernos de largas lecturas y mejores charlas. Y lo que es mejor: disponer de tu tiempo, fijar tu horario, no tener patrón y sí la posibilidad de conseguir lo que nutra a los tuyos. Depender, desde luego, de los ciclos de la naturaleza, pero sabiendo que sus ubres están repletas y que si tomamos nuestra parte, allí queda asegurada la de nuestros descendientes. En una palabra, ser allí todo lo libre que se puede ser.

No, no me olvido de que la propiedad parece algo a disfrutar por sólo unos pocos, pero tan difícilmente remediable es un tema como otro.

¿Utópico? Sí, claro, pero tal vez no tanto como los que confían en la casi agotada fuente del petróleo, el aluminio o el uranio. Por último, no quiero concluir este repaso de urgencia a las principales técnicas de cultivo desde el presupuesto ecológico sin unas palabras de estímulo.

---

---

Cuesta el iniciar un trabajo físico. Las torpezas, y hasta las equivocaciones, jalonan los primeros intentos. La vida en comunidad que muchos emprenden como marco de la bella aventura de retornar a la tierra generalmente fracasa entre delirantes dificultades de entendimiento.

Todos hemos pasado, sobre todo si no hemos mamado el más entrañable oficio del mundo, por momentos de desánimo, por equivocaciones, casi todas nacidas de la precipitación. Pero lo que no nos enseñen los campesinos con su experiencia, nos lo mostrará la propia naturaleza; sólo hay que fijarse un poco. Tampoco quiero ocultar que el aprendizaje no acaba. Nunca se llega a saber lo suficiente. ¡Menos mal! En cualquier caso, por el motivo que sea, por la búsqueda de la tranquilidad, por falta de otra forma de conseguir el sustento o bien por el simple gusto de iniciar una nueva experiencia, no quiero dejar pasar la ocasión de dar ánimos a todos los que sienten la vieja llamada de la campiña. ¡Aceptad su reclamo! No sólo porque pocas cosas más dignas pueden hacerse, sino también porque tal vez no quede en breve otra solución para muchas personas.

Entonces nuestra corta experiencia puede llegar a ser trascendental. El campo ha perdido todo: respeto, su cubierta vegetal y hasta su suelo. Se siembran ya más tóxicos que semillas. Pero, sobre todo, ha visto cómo sus gentes tenían que olvidarlo. Y es el hombre, con su mirada y su sudor, el principal potenciador, si con armonía trabaja, del entorno. La falta de los campesinos crea un vacío trágico, incluso en el saber hacer. Por eso, lo más grave que ocurre en nuestros campos es que aquellos que lo trabajan son ancianos; los maduros y los jóvenes han tenido que abandonar. Y esos viejos cuerpos, templos de un conocimiento único, van a desaparecer sin haber legado su experiencia a los suyos. Un cataclismo cultural está en marcha.

Pero todavía nos encontramos a tiempo de recoger una parte de esa sabiduría. Queda, al menos, esa remota posibilidad de que en unas cuantas mentes se guarde un conocimiento trascendental, para que desde las ruinas de una sociedad que lo apostó todo, y perdió, por lo percedero y lo no renovable, se lleguen a construir otras formas de organi-

---

---

zación que se basen en una correcta valoración del funcionamiento de la naturaleza y el papel que los humanos desempeñan o, mejor, deben desempeñar. Entonces, lo que hayamos conseguido aprender será especialmente útil y se nos agradecerá. Sirva, pues, este modesto empeño al menos para que todos nos sintamos absolutamente seguros de la real importancia de la empresa a iniciar o a continuar por aquellos que ya sabemos lo de «planta, siembra y cría, y vivirás con alegría».

Los budistas afirman que basta con hacer lo que alguna vez pensaste para alcanzar la coherencia, la paz y, lógicamente, la ecuanimidad. Para mayor abundamiento, yo diría que hoy la reconciliación con la naturaleza, tras siglos de intentos, ya conseguidos, por dominarla, puede convertirse en verdadera necesidad histórica. Creo que urge lo que más arriba afirmo y, también, que la agricultura biológica es uno de los pasos a dar para recuperar nuestra humana condición.

